

AYALA GARCÍA-DUARTE, F. (2023). *LAS ESTRATEGIAS DEL PROLOGUISTA. 13 PRÓLOGOS DE FRANCISCO AYALA A SU OBRA*. ESTUDIO PRELIMINAR DE J. C. MAINER. GRANADA: CUADERNOS DE LA FUNDACIÓN FRANCISCO AYALA

Antonio JIMÉNEZ-BLANCO CARRILLO DE ALBORNOZ
Letrado de las Cortes Generales
<https://orcid.org/0000-0003-1420-6803>

De Francisco Ayala (y, de segundo apellido, García-Duarte, que no es poca cosa), en lo sucesivo FA, apenas habrá que recordar que no solo vivió mucho –más de una centuria: entre 1906 y 2009– sino que la existencia le cundió y no únicamente en lo que tiene que ver con su producción literaria.

De esta hay que destacar que mezcló la ficción –la novela o el cuento– y la que no lo es, empezando por su *Tratado de Sociología* (1947) o sus memorias, llamadas *Recuerdos y Olvidos* (2001).

Pero curiosamente fue en la ficción donde FA empezó a desempeñarse, ya antes de cumplir los dieciocho añitos: en 1925 publicó *Tragicomedia de un hombre sin espíritu*, a la que en seguida se añadió *Historia de un amanecer*. De 1930 –cuando apenas había alcanzado los veinticuatro– es *Cazador en el alba* y también *Erika ante el invierno*. Luego iremos a ello.

Una obra verdaderamente ingente, sí señor. Y además muy dispersa –aunque solo sea porque nuestro hombre, entre 1936 y 1972, residió sucesivamente en Argentina, Brasil, Puerto Rico y Estados Unidos– y de buena parte de la cual se publicaron numerosas ediciones e incluso reelaboraciones. Y sobre todo recopilaciones: piénsese que a veces se trataba de trabajos de pequeña extensión –artículos de periódico o cuentos, por ejemplo– y de ahí que se planteara su publicación agregada. No otra cosa son, por ejemplo, los dos libros de Buenos Aires de 1949 (o sea, cuando FA ya estaba en la cuarentena):

Los usurpadores –que lleva dentro seis relatos cortos– y *La cabeza del cordero*, donde, aparte del relato que da nombre al volumen, se incluyeron *El mensaje*, *El regreso* y *El tajo*.

Cuando la obra de un escritor se reedita (o incluso él mismo se reescribe, es decir, se actualiza), suele ser frecuente que se plantee la conveniencia de empezar la publicación con una suerte de nota introductoria en la que explique la historia de los contenidos que se vuelven a sacar a la luz. A eso se le puede llamar –es una de las acepciones de la palabra– prólogo o, si se quiere, autoprólogo. Es un sentido diferente al que la misma palabra tiene como presentación de la obra de un autor novel o poco conocido a cargo de quien, por su mayor veteranía o autoridad, se encuentra más instalado: alguien –un *influencer*, diríamos hoy– que vendría a ser como el presentador del novicio ante el público.

Así las cosas, que FA se autoprologara muchas veces –o se autopresentara o se autoexplicara: cualquiera de esas expresiones vale– es algo nada sorprendente y en efecto ocurrió con frecuencia. De hecho, ese subgénero literario del escritor granadino mereció, ya en 2001, un estudio monográfico de todo un José Carlos Mainir, *Francisco Ayala en sus prólogos: retratos y avisos*.

Puesto lo anterior sobre la mesa (probablemente, algo innecesario para el lector mínimamente ilustrado), la novedad –feliz– está en que la Fundación que lleva el nombre de nuestro autor ha decidido sacar a la luz un libro con varios –trece– de esos trabajos. Y ello precedido del citado texto de Mainir y, además, epilogado con obras obedientes a ese mismo contexto –autoprólogos– de Cervantes –*Quijote*, primera parte, 1605– y de Miguel de Unamuno –*Niebla*, 1907–.

¿Qué trece textos de FA seleccionar? Se ha quedado fuera, quizás por estar fácilmente accesible, el de la segunda edición (1961) del *Tratado de sociología* (donde el maestro se proponía «considerar sociológicamente a la sociología», por tratarse de «un saber que ilumina en su conjunto el presente histórico, como nudo vital entre el pretérito que sobre él gravita y la voluntad de futuro»). Y tampoco se ha recogido el que escribió para *Recuerdos y olvidos*, donde reconoce que, por su manera de ser –un hombre poco dado a atesorar cosas: «no conservo cartas, ni guardo documentos, ni me empeño en acumular libros que no he de volver a leer, ni me afano en poseer los

objetivos que me agraden, ni colecciono recurso de ninguna clase»–, los llamados a recopilar su obra, sobre todo la de la época del exilio, no lo iban a tener fácil.

¿Qué –trece– prólogos de FA, por el contrario, sí han incluido en este nuevo libro?

El orden que se ha seguido no es el cronológico (dato no menor, por lo que luego se dirá). El que aparece en primer lugar es de 1972 –o sea, al final del franquismo y cuando FA estaba volviendo aquí– y corresponde al libro *Confrontaciones*, una «miscelánea de entrevistas, testimonios y artículos», en palabras textuales de Mainer. FA explica que «tras una vida que se ha desarrollado fuera de España, solo hasta cierto punto sigue uno siendo español». Y eso sin contar con el hecho de que «la realidad del país mismo es ya otra y distinta de aquella en que uno se había formado. A decir verdad, la guerra alteró a fondo la sociedad aquella (y por eso pudo hablarse también, con razón, de un exilio interior), mientras que el transcurso del tiempo aportaría nuevos cambios que en definitiva habían de hacer muy profundo el extrañamiento de quien en aquel entonces se alojara».

El prólogo que se ha puesto segundo es el más antiguo. De 1930, nada menos, cuando FA contaba con veinticuatro años (y acababa de volver de Berlín). Se trataba de la introducción de lo que ya hemos indicado: *Cazador en el alba* y *Erika ante el infierno*.

Lo siguiente es el primero de los dos prólogos de 1949: *La cabeza del cordero*, en efecto. FA llevaba diez años en Argentina y entre tanto se había desarrollado la Segunda Guerra Mundial. «Mi permanencia en Berlín por los años 29 y 30 (los años de despliegue del nazismo; los mismos, veo, que pasó allí un joven inglés de mi edad, Isherwood, para escribir ahora, retrospectivamente, su significativo *Farewell to Berlin*) infundió en su ánimo la intuición –y, por cierto, la noción también– de las realidades tremendas que se incrustaban, ante cuya perspectiva ¿qué sentido podía tener aquel jugueteo literario estetizante y gratuito a que estábamos entregados? Poco después...».

Lo cuarto es de 1966 –cuando un FA sesentón se había instalado en Nueva York, última etapa de su periplo americano– y es el prólogo a una colección de cuatro escritos breves que se llamó precisamente *Cuentos*. Las cosas se explican así: «La Biblioteca Anaya al ofrecer a sus lectores una antología de mis escritos novelescos, me indica

que yo mismo redacte –como es su costumbre con los tomos de los anteriores vivientes– la presentación del volumen a sus lectores, en lugar de usar para ese efecto, según sugería, alguno de los estudios que otras personas han hecho de mis obras. Accedo, aunque en verdad no resulte nada fácil hablar directamente de uno mismo cuando se trata de informar al público sobre aquello que se ha hecho o se ha querido hacer a lo largo de una carrera literaria ya bastante dilatada y, por azarosa, mal conocida en los ambientes españoles».

En quinto lugar tenemos un texto de 1992, o sea, cuando FA se encaminaba hacia los noventa, que sirvió como presentación independiente de *El tiempo y yo*, es decir, la recopilación de textos que en su momento habían nacido como mero complemento de *El jardín de las delicias*.

Lo que se ha colocado sexto –El problema del liberalismo– es el prólogo, del temprano 1941, a una recopilación de artículos en el Fondo de Cultura Económica de México, escritos durante el período inmediato anterior, o sea, el de la contienda española y los inicios de la Segunda Guerra Mundial: «Apenas si se hace necesario subrayar la unidad de sentido que concurre en los ensayos reunidos en este volumen. Más bien podría reprocharse en ellos una insistencia y reiteración excesivos, al considerar desde ángulos distintos, pero con igual orientación siempre, una misma realidad. Pues cada uno de los escritos que vienen a integrar el libro retorna desde una perspectiva especial una sola tremenda experiencia vital que se prolonga ya en términos desmesurados y que amenaza agorar toda capacidad humana de resistencia». La suya ha sido –está siendo– una generación que ha tenido la desgracia de coincidir con «la gran catástrofe histórica». Y no solo en la desdichada España, sin perjuicio de nuestra «secular infecundidad histórica a partir de la Contrarreforma».

De la misma época –1944– es el libro *Razón del mundo*, también editado en Buenos Aires y con cuyo prólogo nos topamos en séptimo lugar. FA diserta sobre dos libros foráneos que habían sido traducidos a nuestra lengua: el de Karl Mannheim, *Ideología y utopía* y el de Archibald MacLeish, *Los irresponsables*, que conocidamente puso el dedo en la llaga del papel –nada brillante– que estaban jugando los intelectuales. Debe notarse adicionalmente que en 1972 se reeditó esa obra y de ello se hizo eco precisamente Mainer.

A la chita callando se llega al octavo trabajo introductorio, el que FA publicó en 1947 en Argentina con el título *La invención del Quijote*; trabajo del que por cierto se hizo una reimpresión en 2005, o sea, con nuestro autor ya casi centenario. Se trata de un auténtico desahogo, al expresar la «convicción de que la historia de don Quijote pudiera ser considerada reflejo y símbolo del destino de la nación española».

Como es sabido, *Los usurpadores* es otra obra de la época argentina de Ayala –de 1948/1949, de nuevo– que consta de seis unidades, entre ellas las muy conocidas de *La campana de Huesca*, *El doliente* y *San Juan de Dios*. El prólogo está redactado con un pseudónimo o, mejor, con un acrónimo –F. de Paula A.G. Duarte– aunque resulta fácil identificar al propio FA, porque nadie ignora que Luz García Duarte era su madre. «(...) Las seis novelas, a las que tan honda unidad de sentido anima, se intercomunican de diversas maneras, enlazando y modulando sus temas respectivos, consienten ser barajados, ordenados y reagrupados, como una mano de naipes, en colecciones varias».

El rapto –décimo del total de trece– es un libro –otro– del FA germanófilo o al menos buen conocedor de Alemania. Se publicó en 1965 y en el prólogo se explica un viaje a Münster, en Westfalia, en 1961, o sea «la nueva Alemania democrática», la del milagro económico, de cuyo paisaje de *gastarbeitern* formaron parte muchos españoles. Entre otros, dos jóvenes con los que nuestro autor se topó en un trayecto en tren.

Las plumas del fénix (1989) es el título de una recopilación de artículos del FA dedicado a la crítica, que fue otra de sus muchas facetas. «Ajeno yo a cualquier disciplina formal, he procurado en estos escritos míos asomarme a la literatura en general, y considerar en particular los productos literarios concretos de los que ocasionalmente me he ocupado, desde un puesto de observación determinado por mi propia experiencia de novelista: el puesto de alguien que ha trabajado por su propia cuenta en la composición de tales productos –llámense artefactos, si se prefiere– como son las obras poéticas. En consecuencia, me he colocado ante los textos en actitud de averiguar el proceso creador que en cada caso condujo a su autor a edificar la estructura verbal en que ellos consisten, estructura definitiva e intocable ya, pero

a la que ese autor, en su intención de alcanzar un objetivo de valor estético, ha debido llegar a través de medios históricamente dados cuya utilización implica una aventura llena de hallazgos felices y también de tropiezos».

El penúltimo de los prólogos que se recogen en el libro es el de *El escritor en su siglo*, de 1990, o sea, con un FA ya octogenario largo y, por supuesto, plenamente instalado en España y –¡ay!– participe, como gran parte de la sociedad, de los primeros síntomas de desencanto con un sistema democrático en el que los rasgos de partitocracia se iban haciendo cada vez más acusados.

Empieza expresando, a modo de balance vital, lo siguiente: «Cuando se tiene la edad que tengo yo, colocarse ante la perspectiva de la venidera centuria equivale un poco a detenerse como Moisés a contemplar desde lejos la tierra de Canaán, aun cuando esto, en un caso –debo confesarlo–, sin la ilusión vicaria con que el patriarca bíblico vislumbraba un futuro que ya no sería el suyo, pues ciertamente la experiencia vivida en el presente siglo y lo que la historia enseña acerca de los pasados no me permite hacerme demasiadas ilusiones sobre la aptitud del ser humano para reconstruir sobre el terreno de la realidad el Paraíso perdido de sus ensueños». Es un texto inusualmente extenso y donde se dejan oír los ecos de lo que comienza a ser una despedida. En las palabras finales se vuelve a la confianza del inicio: «Se trata, como indicaba al inicio, de la firme promesa de un futuro mejor, ya no para uno mismo, claro está, sino para las generaciones que son todavía jóvenes y para las venideras, promesa que no podría ser la de la utópica felicidad universal soñada por progresistas de toda laya, pero sí la de una existencia humana provista de sentido y orientada hacia el cumplimiento de valores razonables en una sociedad cuyos rasgos particulares son todavía difíciles de anticipar, pero que sin duda se parecerá muy poco a aquella en que hemos vivido hasta el presente».

Retengamos por cierto el título de *El escritor en su siglo*, porque habremos de volver a él.

En fin, el elenco se cierra con otro trabajo de los años finales del siglo XX, cuando en 1998 se publicó una recopilación de artículos autobiográficos bajo el rubro de *Mis pasos en la tierra*: en efecto, se trata de la nada insólita metáfora –desde las visiones griegas del Hades,

o sea, desde la Odisea, dicho sea para empezar por lo que sin duda es el principio— de la vida como un viaje (en el caso de FA, en particular, un viaje extenso en el tiempo y también el espacio). Se detiene en su estancia en Berlín en 1929-1930 (todo lo relativo a la república de Weimar sigue mostrándose como una fuente inagotable para el intelecto y la cultura) y también en su periplo americano a partir de 1936: «(...) ¿qué decir luego del consiguiente exilio? Yo me he esforzado por desdramatizar el mío; pero, después de todo, perder cuanto uno posee para verse despojado de su propia historia personal y lanzado hacia un futuro incierto, en viaje hacia lo desconocido, no deja de ser una experiencia donde la metáfora adquiere tremenda realidad». Pero sin olvidarse de Europa y en singular de su añorada Alemania, la del milagro industrial y sociológico (y político) de la época de Adenauer y Erhardt, esta nueva Alemania cuya pujanza económica la procuraba tan ostentosa prosperidad». Y es que «fueron, en años sucesivos, viajes que emprendería movido por mi antiguo interés de ver y observar el mundo, mientras aguardaba las condiciones que me permitiesen regresar sin riesgo de mi persona a la España franquista. Y por fin, llegado el año 1960, entendí que ya podía hacerlo. Vine, pues, y sin hacerme notar atravesé esta entonces todavía deprimida Península, reeditando así en mi la condición de *El peregrino en su patria*».

De ese prólogo (apostillado «*A la manera de introducción*») del libro de 1998 digamos que Mainer recuerda que proviene de un texto anterior, de 1991, y que había aparecido en *El tiempo y yo* y también —el título no puede antojarse más expresivo— en *El mundo a la espalda*.

Hasta aquí, el contenido de trece prólogos que han sido objeto de selección. Todos y cada uno de ellos fueron escritos después —a veces con distancia de varios años— de la obra u obras que se trata de presentar. Bien lo explica Mainer: el autor «suele escribir su prólogo a la vista de un libro que ya ha escrito».

Queda por explicar por qué ese orden no cronológico —al cabo, un desorden— puede no ser inocente e incluso resultar objeto de aplauso. Y es que se encuentra extendida la idea de que hay un FA de izquierdas y, a partir de un cierto momento (1960, digamos, cuando empezó a volver poco a poco a España y eso estando ya vinculado en

Estados Unidos, el imperio del mal), un FA distinto y peor: que –dicho en términos acusatorios– se rechazó, en suma. Buen se sabe que el empleo de esos estereotipos suelen ser fruto de sesgos ideológicos muy marcados (y casi siempre incluso groseros), pero precisamente para denunciar la maniobra tiene pleno sentido el haber puesto los trabajos en una secuencia distinta a la de su antigüedad. FA evolucionó, sí, como todo el mundo, empezando por sus maestros, Manuel Azaña y José Ortega y Gasset (porque lo que no se está quieta es la vida), pero ver las cosas en esos términos maniqueos y de hemiplejía moral, tan caros a los habituales de la piel de toro incluso antes de hablarse de polarización, no suele ser garantía de estar acertando, para explicarlo suavemente.

El libro que se acaba de editar incorpora en su páginas finales los testimonios de –por así decirlo– dos precursores de FA en el oficio de autoprologarse (o sea, autopresentarse, o, si se quiere, empezar explicándose). Se trata del que en 1605 escribió Cervantes para la primera parte del Quijote, donde se incluyen frases luego tan reiteradas como esa que describe «el orden de la naturaleza» como aquel en el «cada cosa engendra su semejante». O la que define las cárceles como ese lugar «donde toda incomodidad tiene su asiento». El otro es el que Miguel de Unamuno (cierto que con pseudónimo: Víctor Goti, que afirma ser buen amigo del protagonista, Augusto Pérez) le puso a *Niebla* en 1907.

Por supuesto que hay que felicitar a la Fundación Ayala por su nueva iniciativa –ya es el Cuaderno número 15–, pero lo que por encima de todo hay que celebrar es que en la transición se encontrase FA en España –muchos exiliados prefirieron quedarse–, y, con artículos de prensa, colaborase intelectualmente a ella de una manera tan entusiasta –sin militar en ningún partido: *vade retro*–, porque, aunque aquello fue sobre todo un movimiento de *abajo arriba* –el protagonismo lo ocupó una sociedad que entonces era muy joven y creía en sí misma–, necesitaba, y tuvo, referentes de primer orden. El exilio nos aportó a FA y también –no citarlo sería injusto– a Manuel García Pelayo y desde aquí se incorporó Eduardo García de Enterría: tres auténticos lujazos, como luego, en la democracia, ha sido Alejandro Nieto, cuya pérdida en octubre de 2023 ha constituido una verdadera mutilación.

FA falleció en 2009, es decir, hace quince años. Luis García Montero, que había sido el comisario de los fastos que la Universidad de Granada le dedicó en 2006 con motivo de su centenario, publicó en el mismo 2009 –en la Diputación de Granada: enhorabuena a la Corporación Provincial– un libro precioso que se llamó precisamente *Francisco Ayala, el escritor en su siglo*, con información (en muchos casos, hasta entonces confidencial) abundantísima. Las palabras finales del libro de García Montero son un auténtico homenaje al maestro, del que afirmó que «ha querido mantener la sinceridad crítica y la lucidez como clave de su personalidad, sin acogerse a los consuelos de la nostalgia ni ponerse a salvo de los debates y las tensiones de la actualidad». Y es que FA fue sobre todo un agudísimo observador –un Sherlock Holmes de la vida, pudiera decirse– pero que también supo mojarse cuantas veces fue necesario. ¡Cómo lo echamos en falta!